

CAPÍTULO XVII

El tribunal del Monte Olivete

Héctor Caraffa tenía razón. Á las nueve de la noche se oyeron los pasos de un piquete en la escalera que conducía al calabozo : abrióse la puerta y entraron los carceleros con cadenas que arrojaron al suelo.

— ¡ Cadenas, cadenas ! exclamó el conde Ruvo con indignación ; ¿ supongo que no serán para nosotros ?

— Serán para mí, respondió un carcelero con tono burlón.

Héctor hizo un gesto de amenaza. Cirillo le detuvo, diciéndole :

— La cicatriz más honrosa, después de la que se recibe del acero enemigo, es la que dejan en el brazo de un patriota las cadenas de un tirano. Hé aquí mis brazos, vengan las cadenas.

Y el noble anciano tendió los brazos.

Cuando se abría la puerta, Velasco, según su costumbre, tocaba la guitarra y cantaba una canción napolitana. Después que entraron los carceleros y arrojaron las cadenas al suelo, Velasco siguió cantando.

Héctor Caraffa miraba alternativamente á Cirillo y al imperturbable cantor, y dijo :

— Francamente, me sonrojo de que hay aquí dos hombres más valientes que yo ; y tendió los brazos.

Manthonnet siguió su ejemplo.

Acercóse en seguida Salvato, y mientras le encadenaban, Leonor Pimentel y Miguel sostenían á Luisa próxima á desvanecerse. En tanto continuaba Velasco sus cantares, sin que se notase la menor alteración en su voz.

Acercósele un carcelero, pero hizo una señal para que le dejase acabar la copla, y en seguida rompió la guitarra y tendió los brazos.

No se creyó oportuno encadenar á las mujeres. Rompieron la marcha los presos, cercados de soldados, y atravesaron las calles en medio de los insultos y vociferaciones de los lazzaronis, llegando por fin á la sala de justicia, que estaba colgada de negro.

Al atravesar las calles, Héctor Caraffa murmuró :

— ¡ Pueblo inmundo ! sacrificaos por él.

— No es por él solo, respondió Cirillo, sino por la humanidad entera. La sangre de los mártires es el más terrible disolvente de los tronos.

Una vez dentro de la sala, Salvato reconoció entre el público al fraile benedictino.

— Es mi padre, dijo á Luisa por lo bajo, y la joven levantó la cabeza llena de esperanza, como una azucena al primer rayo del sol.

El tribunal se componía de un presidente y seis jueces.

Los defensores y el procurador de los acusados, último simulacro de justicia, estaban detrás de los banquillos de éstos.

Sólo faltaba un consejero, D. Vicente Speciale, juez del rey.

Aunque las ventanas del tribunal, situado en el segundo piso, estaban abiertas, era tal el número de espectadores y de luces, que la atmósfera era sofocante.

— Por Cristo, dijo Héctor Caraffa, bien se ve que estamos en la antesala del infierno ; aquí se sofoca uno.

Volvióse á él Guidoaldi, y le dijo :

— Más te sofocarás después con el cordel al pescuezo.

— Señor mío, respondió Héctor Caraffa, bien se

ve que no tenéis el honor de conocerme ; no se ahorca á un hombre que lleva mi nombre ; se le corta el pescuezo y entonces no le falta la respiración sino que respira demasiado.

En aquel momento, una especie de sobrecogimiento se extendió entre los circuntantes, al ver entrar á Speciale, cuya cabeza se erguía á pesar de la joroba mal disimulada bajo la negra toga de consejero. Sería una figura grotesca á no ser tan tremenda.

— Siempre he notado, dijo Cirillo á Héctor Caraffa, á media voz pero de modo que le oyesen, que los hombres feos son malos, pero los jorobados son peores, y ahí tenéis la prueba ; y señaló con el dedo á Speciale, que hizo girar su cabeza como un gozne, buscando con los ojos al que hablaba.

— Volveos un poco más, señor juez, dijo Miguel, vuestra joroba nos quita la vista : y soltó una carcajada que tuvo un eco homérico entre los concurrentes.

Speciale se puso lívido, pero al punto se encendió su rostro como si le amenazase un ataque de apoplejía, y dijo, rechinando los dientes de rabia :

— Despachemos pronto, conde de Ruvo : vuestro nombre, calidad, edad y profesión.

— ¿ Mi nombre ? Héctor Caraffa, conde de Ruvo ;

¿ mi edad ? treinta y dos años ; ¿ mi profesión ? patriota.

— ¿ Qué habéis hecho durante eso que llamaban la república ?

— Tomadlo de más arriba, y preguntadme qué he hecho durante la monarquía.

— Es inútil.

— No lo creo así, y os lo voy á decir : he conspirado ; me encerró en el castillo de San Telmo ese inmundo Vanni, que no sospechaba al degollarse que había otro peor que él ; me evadí ; me uní al valiente Championnet, y le ayudé con mi amigo Salvato, aquí presente, á derrotar al general Mack en Civita-Castellana.

— Así, pues, interrumpió Speciale, ¿ habéis servido contra vuestro país ?

— Contra mi país, no ; contra el rey Fernando, sí. Mi patria es Nápoles, y la prueba de que Nápoles no creyó que hacía armas contra mi patria, es que me rogó la sirviese dándome el grado de general.

— ¿ Y aceptasteis ?

— Con todo mi corazón.

— Señores, dijo Speciale, no deliberemos siquiera acerca del castigo que merece ese traidor, ese renegado.

— ¡ Miserable ! dijo Ruvo, sacudiendo sus cadenas

y encarándose con Speciale : porque estoy encadenado tienes valor para insultarme ; si estuviese libre, me hablarías de otro modo.

— ¡ Á muerte ! dijo Speciale ; y como tu calidad de príncipe te concede el derecho de que te corten la cabeza, morirás en la guillotina.

— *Amén*, respondió Héctor, sentándose con negligencia y volviendo la espalda al tribunal.

— Á ti, Cirillo, prosiguió Speciale ; tu nombre, edad y calidades.

— Domingo Cirillo : sesenta años : en tiempo de la monarquía fui médico ; durante la república, representante del pueblo.

— Y ante mí, ¿ qué eres hoy ?

— Ante ti, cobarde, soy un héroe.

— ¡ Á muerte ! vociferó Speciale.

— Á muerte... repitieron como fúnebre eco los jueces.

— Á otra cosa. Tú, ese del uniforme de general de la supuesta república.

— ¿ Yo ? dijeron á la vez Manthonnet y Salvato.

— No, tú que has sido ministro de la guerra.

— Daniel Manthonnet, cuarenta y dos años.

— ¿ Qué has hecho durante la república ?

— Cosas grandes, pero no tanto como debía, puesto que acabamos por capitular.

— ¿Qué tienes que alegar en tu defensa?

— El haber capitulado.

— Eso no es bastante.

— Lo siento; pero no puedo dar otra respuesta á los que huellan bajo sus pies la ley santa de los tratados.

— ¡ Á muerte!

— Y tú, Miguel *el Loco*, continuó Speciale, ¿ qué has hecho durante la república?

— Volverme cuerdo, respondió Miguel.

— ¿Tienes que decir algo en tu defensa?

— Sería inútil.

— ¿Por qué?

— Porque la bruja Nanno me predijo que sería coronel y ahorcado. Sólo me resta ya la horca puesto que soy coronel. Conque así, bien podéis cantar vuestro refrán: « ¡ Á muerte! »

— ¡ Á muerte! repitió Speciale, y prosiguió señalando con el dedo á la Pimentel. Ahora á vos.

Y ésta se puso de pie, hermosa, majestuosa y serena como una matrona de la antigüedad.

— Me llamo Leonor Fonseca Pimentel; tengo treinta y dos años.

— ¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

— Nada; pero mucho en mi acusación, puesto

que hoy se acusa á los héroes y se recompensa á los cobardes.

— Hablad, ya que os place acusaros á vos misma.

— Fui la primera que grité á los napolitanos: « Sois libres! » Publiqué un diario en que recorría el velo de los perjuros, cobardías y crímenes de los tiranos. Canté en el teatro de San Carlos el himno sublime de Monti, á la libertad; hice...

— ¡ Basta! interrumpió Speciale, continuaréis vuestro panegírico al ir al cadalso.

Leonor se volvió á sentar tan serena como se había levantado.

— Á ti, el de la guitarra, dijo Speciale á Velasco; porque me han dicho que no hacías en el calabozo más que rasguear la guitarra.

— ¿Será tal vez un crimen de lesa majestad?

— No, aunque es recreo de holgazanes, y si no hubieras hecho más que eso no estarías aquí; pero dime tu nombre, edad, etc.

— ¿Y si se me antojase no responderos?

— Eso no me impediría mandarte á la muerte.

— No necesito que me mandes, respondió Velasco.

Y de un salto se puso en medio de los jueces, de otro en el antepecho de la ventana y desapareció, oyéndose al mismo tiempo la caída de un cuerpo que se aplastó en las piedras.

Reinó un silencio angustioso en el salón durante algunos instantes: jueces, acusados y espectadores se estremecieron. Luisa se arrojó á los brazos de su amante.

—¿Se levanta la sesión? preguntó el presidente.

—¿Por qué? respondió Speciale. Le habíais de condenar á muerte, se la ha dado á sí mismo, la justicia está satisfecha.

Y continuó dirigiéndose á Salvato:

—Señor francés, ¿por qué comparecéis ante nosotros?

—Porque no soy francés, sino napolitano. Me llamo Salvato Palmieri, tengo veintiséis años, adoro la libertad y odio la tiranía. Yo soy aquel á quien la reina quiso asesinar por medio de su esbirro Pascuale de Simone. He merecido la muerte, condenadme.

—Sea, dijo Speciale; no neguemos á este digno patriota lo que pide: la muerte.

—¡La muerte! repitió el tribunal.

Luisa, que esperaba este resultado, no pudo contener un gemido.

El fraile benedictino echó atrás su capucha, y cambió una rápida mirada con Salvato.

—Ahora, á la señora, para concluir, dijo Speciale. Aunque conocemos vuestra historia, servíos con-

tárnosla. Nombre, edad y calidad primero, después pasaremos á los datos.

Luisa se puso en pie, apoyándose en el hombro de Salvato. Al verla tan joven, tan bella y tan modesta, los espectadores la acogieron con un murmullo mezclado de admiración y de piedad.

—Ujier, dijo Salvato, imponed silencio.

—Me llamo Luisa Molina San Felice, dijo la acusada con voz dulce; tengo veintitrés años, y aunque soy inocente del crimen de que se me acusa, deseo morir.

—Entonces, dijo Speciale, impacientado por las señales de simpatía que por todas partes prodigaban á la acusada, ¿pretendéis no haber sido vos quien denunció á los banqueros Backer?

—Y lo pretende con tanta más razón cuanto que fui yo el delator: yo, quien estuve en casa del general Championnet, yo, quien aconsejé que interrogasen á Giovanina; así, pues, dejadla en paz, porque es inocente.

—Calla, Miguel, calla; murmuró Luisa.

—Al contrario, habla, dijo Salvato.

—Sí, y diré la verdad; la mentira y no la cuerda ahoga á los hombres honrados. Luisa venía expresamente de Pesto para salvar á los pobres Backer, cuando encontró los soldados que los llevaban al

Castillo Nuevo, y antes de morir el hijo le escribió una carta en que le decía que le constaba que ella no era la causa de su muerte.

— Aquí está esa carta, interrumpió Salvato, obligando á Luisa á que la sacase de su bolsillo y se la entregase al juez.

— Señores, dijo Speciale; aunque esa carta fuese de la mano de Backer, no tiene ningún valor, puesto que el hijo era amante de esa mujer.

— ¡ Miserable! exclamó Salvato, no mancilles con tus palabras á la inocencia misma.

— Enamorado de mí, querréis decir.

— Sí, loco de amor, porque sólo un loco confía á una mujer el secreto de una conspiración.

— Leed la carta en alta voz, dijo Salvato poniéndose en pie.

Y Speciale leyó.

« Señora: si conociera otra criatura más pura que vos, le confiaría la santa misión que os lego al abandonar la vida.

» Todas nuestras deudas están pagadas, y hecha la liquidación, nos restan cuatrocientos mil ducados próximamente, que mi padre y yo destinamos á las víctimas de la guerra civil, sin excepción de principios ni clases. Nada podemos hacer por los muer-

tos, sino rogar por ellos en nuestra hora postrera: comprendemos sólo como víctimas á los hijos y viudas de los que han sucumbido en esta guerra fratricida, que hoy vemos bajo su verdadero punto de vista.

» Vuestras benditas manos, señora, sabrán repartir el donativo con igualdad y justicia.

» Nos complacemos en daros esta última muestra de confianza y de respeto en prueba de que, al bajar al sepulcro, estamos profundamente convencidos de que sois enteramente ajena á nuestra muerte sangrienta y prematura, hija sólo de la fatalidad.

» Espero que os entregarán esta noche esta carta y que al morir tendremos el consuelo de saber que aceptáis una misión que atraerá las mercedes del cielo sobre nuestra casa, y la bendición de los desgraciados sobre nuestra tumba.

» Muero poseído de los mismos sentimientos con que he vivido, reiterándome vuestro más respetuoso admirador.

» ANDRÉS BACKER. »

Los jueces se miraron unos á otros; no había medio de condenar á Luisa por un hecho tan altamente desmentido, en que la víctima exponía y el culpable se delataba á sí mismo.

Sin embargo, la orden del rey era terminante; era preciso condenar á muerte, y Speciale no se apuraba por tan poca cosa.

—Bien, dijo, el tribunal abandona este punto de la acusación.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de satisfacción.

—Se os acusa de otro crimen no menos grave, continuó Speciale.

—¿Cuál? dijeron Luisa y Salvato.

—Se os acusa de haber dado asilo á un hombre que venía á Nápoles á conspirar contra el rey.

Luisa, por toda respuesta bajó la cabeza y miró con ternura á Salvato.

—¿Y desde cuando dejó de ser ley evangélica socorrer al prójimo? dijo Miguel.

—Los traidores, dijo Speciale interrumpiéndole, no son prójimos. Habéis ocultado á un conspirador, prosiguió dirigiéndose á Luisa, que sólo salió de vuestra casa para unirse á los franceses y á los jacobinos

—No lo niego.

—Basta, es un acto de traición; á muerte.

—Á muerte, repitió sordamente el tribunal.

El auditorio prorrumpió en un largo murmullo que revelaba su disgusto.

Luisa San Felice, serena y con la mano sobre el corazón, se volvió á los espectadores para darles las gracias: luego se quedó inmóvil con la mirada fija.

—¿Qué tienes? le dijo Salvato.

—¿No lo ves? dijo Luisa sin hacer ningún ademán. Allí está.

Salvato vió entrar á un hombre de unos sesenta años, vestido de luto y con la cruz de Malta bordada en el traje, que se adelantaba hacia el tribunal abriéndose paso entre la multitud.

—Habéis condenado á muerte á esta mujer, dijo el anciano á los jueces, pero no puede cumplirse la sentencia.

—¿Por qué? preguntó Speciale.

—Porque está en cinta.

—¿Cómo lo sabéis?

—Soy su marido, el caballero de San Felice.

Un grito de gozo y de admiración resonó en el auditorio y en el banquillo de los acusados.

Speciale palideció al ver que se le escapaba la presa, y los jueces se miraron unos á otros con inquietud.

—¡Luciano! ¡Luciano! murmuró Luisa tendiendo las manos hacia el caballero, mientras dos lágrimas corrían por sus mejillas.

El caballero se adelantó hacia el banquillo de los acusados, tomó en las suyas la mano de su mujer y la besó con ternura.

— Tenías razón, Luisa, dijo por lo bajo Salvato; ese hombre es un ángel, y me sonrojo de ser tan poca cosa á su lado.

— Conducid á los sentenciados á la Vicaría, dijo Speciale, y á esa mujer al Castillo Nuevo.

Abrióse la puerta, y al salir los presos, tuvo tiempo Salvato de cambiar una mirada con su padre.

CAPITULO XVIII

En capilla

Antes de separarse los dos amantes hallaron más piedad en los soldados que en los jueces, y pudieron despedirse y darse el último beso.

Lleno de confianza en su padre, Salvato aseguró á su amada que no le abandonaría la esperanza ni al pie del cadalso.

La San Felice, merced á la recomendación del príncipe Francisco, fué conducida por un desconocido al Castillo Nuevo.

Los condenados se dirigieron á la Vicaría, seguidos del dominicano y del caballero que se acercaron uno á otro. Los patriotas fueron puestos en capilla. Había dos cuartos preparados, uno donde se veía un altar con velas encendidas, y otro que tenía una lámpara colgada del techo.

En el suelo había seis colchones.

Los soldados se detuvieron á la puerta prontos

á hacer fuego, si al quitar las cadenas á los condenados notaban el menor síntoma de rebelión. No era de temer, pues desdeñando las miradas de sus curiosos contemporáneos, pensaban en el galardón que la historia imparcial les reservaba y arrostraban la muerte con serenidad. Quitáronles, pues, la cadenas de las manos y pusieronles otras sujetas al pavimento, de modo que pudiesen acostarse pero no alejarse de su camas.

Concluída esta operación, se retiraron los carceleros seguidos de los soldados y se cerraron las puertas con tres cerrojos.

— Amigos, dijo Cirillo, permitid que como médico os dé un consejo, ahora que estamos solos.

— ¡Pardiez! respondió Caraffa, no puede ser más oportuno, porque mi enfermedad es tal que no llegaré á las tres de la tarde.

— Por eso he dicho un consejo y no una receta.

— Justo.

— Apuesto, dijo Salvato, á que nos vais á aconsejar que durmamos.

— Precisamente, porque el sueño da fuerza y necesitamos tenerla en la hora postrera.

— Querido Cirillo, dijo Manthonnet, ¿cómo, siendo tan precavido, no traéis ciertos polvos que nos dispensen de patelear ante esos imbéciles lazzaronis?

— Porque como soy egoísta, y no creía tener compañía, sólo he pensado en esta sortija, que como la de Aníbal, encierra la muerte del que la lleva.

— Ahora comprendo, dijo Caraffa, que nos aconsejarais el dormir, para que no os hubiéramos impedido morir.

— No, Héctor, moriré como vosotros y con vosotros. Aquí está mi sortija á disposición de quien la quiera,

— ¡ Qué tentación! dijo Miguel.

— ¿ La quieres?

— Gracias, es inútil, porque la bruja Nanno me predijo que había de ser ahorcado.

— Venga, dijo la Pimentel; temo desfallecer al morir, perdonadme esta debilidad de mujer.

— Hacéis mal en dudar, dijo Cirillo, yo respondo de vos.

— Bien venida seas, dijo la Pimentel al tomar la sortija, te bendigo como á mi hermana.

Salvato había permanecido silencioso.

— ¿ Meditas ó duermes? le dijo Caraffa.

— Pensaba en un caso de conciencia.

— Veámosle.

— Si nuestra salvación diese la vida á otro ser débil é inocente, que sólo esperase en vosotros y que sin vosotros moriría, ¿ qué haríais?

— Salvarle, exclamó con viveza la Pimentel.

— Habláis como mujer.

— Y nosotros, como hombres, repuso Cirillo, os aconsejaremos lo mismo.

— ¿Qué dices tú, Ruvo?

— Lo mismo.

— ¿Y tú, Manthonnet?

— Idem.

— ¿Y tú, Miguel?

— Sí, mil veces sí.

Y hablando por lo bajo á Salvato, añadió:

— ¡ Por Santa Madona, salvadla, salvadla!

— Bien, dijo Salvato, es cuanto quería saber

Y todo quedó en silencio y apagóse la lámpara, y al poco tiempo se vieron á través de la verja los primeros albores del crepúsculo.

He aquí el emblema de la muerte y de la vida, la lámpara se apaga, reina la obscuridad un momento, y el crepúsculo comienza.

— ¿Estáis seguro de que vendrá el crepúsculo?

.....

Á las ocho de la mañana entraron los calaberos diciendo en alta voz:

— ¡ La misa de los agonizantes!

— ¿Para qué? dijo Manthonnet; sin ella sabremos morir.

— Nuestros verdugos quieren poner á Dios de su parte, dijo Caraffa.

— En el Evangelio no se instituye la misa, y él es mi única creencia, dijo á su vez Cirillo.

— Está bien, dijo el carcelero, no desatéis más que á los que quieran oirla.

— Yo quiero, dijeron Salvato, Leonor y Miguel, que salieron á la capilla acompañados de soldados.

Salvato permaneció en pie en la puerta; pero por más que miró en todas direcciones, no halló el menor indicio de que nadie se ocupara de salvarlo.

Leonor se apoyó en un reclinatorio y Miguel se puso de rodillas en la grada del altar.

Miguel representaba la fe ciega, Leonor la esperanza, y Salvato la duda. Éste oyó la misa distraído, Leonor con recogimiento, y Miguel en éxtasis. Sólo había sido cuatro meses patriota y coronel, pero lazzaroni toda su vida.

Concluida la misa, el sacerdote preguntó:

— ¿Quién quiere comulgar?

— Yo, exclamó Miguel.

Leonor se inclinó sin responder, y Salvato hizo un signo negativo.

Miguel se confesó y comulgó, y en seguida volvieron con los demás presos y les sirvieron el almuerzo.

— ¿ Á qué hora es ? preguntó Cirillo á un carcelero.

— Creo que á las cuatro, señor Cirillo.

— ¿ Qué, me conoces ?

— El año pasado curasteis á mi mujer de una pulmonía.

— Y ¿ cómo sigue ?

— Yo quisiera que vivierais tantos años como es probable que ella viva.

— Son contados los días del hombre, amigo mío, repuso Cirillo ; pero Dios es menos implacable que el rey Fernando. Dios perdona alguna vez, el rey Fernando jamás. ¿ Has dicho que es á las cuatro ?

— Á menos, que como sois tantos, se anticipe la hora.

Cirillo sacó el reloj.

— Son las diez, dijo. Bueno será darle cuerda, no quiero que se pare como yo.

— ¿ Desean algunos sentenciados los auxilios de la religión ? preguntó un sacerdote desde la puerta.

— No, respondieron Cirillo, Caraffa y Manthonnet.

— Como gustéis ; es cosa entre Dios y vos.

— Decid más bien entre Dios y el rey Fernando.

CAPÍTULO XIX

San Agostino-della-Zecca

Á las tres y media oyeron los presos abrir la puerta exterior del cuarto de los *Blancos*, y ruido de pasos y cuchicheos de varias personas.

— Las tres y media, dijo Cirillo mirando el reloj : no se engañó el carcelero.

— ¡ Miguel ! dijo Salvato al lazzaroni que desde que comulgó rezaba en voz baja.

— ¿ Excelencia ?

— No te alejes de mí y aprovéchate si sucede algo de extraordinario.

Miguel meneó la cabeza, diciendo :

— Nanno me predijo que sería ahorcado, y lo seré.

— ¿ Quién sabe ? le dijo Salvato.

Al mismo tiempo se abrió la puerta opuesta á la del cuarto de los *Blancos*, y entró un hombre.

Era el verdugo.

— ¡Sólo seis ducados de prima, dijo suspirando y contando los presos, en vez de sesenta que me correspondían! ¡Pero ya no hay remedio!

Apareció también el procurador fiscal Guidobaldi, precedido de un alguacil con la sentencia dada por la junta.

— Soltad á los presos, dijo el procurador.

Y los carceleros obedecieron.

— ¡De rodillas para oír la sentencia! dijo Guidobaldi.

— Mejor estamos en pie, con vuestro permiso, respondió Caraffa.

— De rodillas ó en pie, poco me importa con tal que la sentencia se oiga y se ejecute.

— Cuando gustéis, respondió Héctor.

— Cuando gustéis, repitieron los demás presos.

— Sin embargo, Cirillo, añadió Guidobaldi haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, tengo que decirte una cosa.

— ¿Qué?

— Que pidas gracia al rey, y quizás te la concederá por haber sido su médico.

Todas las miradas se clavaron en Cirillo.

Pero él, con su voz de duda y sonriendo, respondió:

— Inútil es que se intente empañar mi reputación

con una bajeza, porque desprecio el vergonzoso medio que para salvarme me ofrecen. Condenado con mis amigos moriré con ellos. Aguardo sereno la muerte y nada haré por evitarla ni por permanecer una hora más, ni un minuto, donde reinan el adulterio, el perjurio y la perversidad.

Tomó Leonor la mano de Cirillo, y después de besarla, rompió contra el suelo el frasco de opio.

— ¿Qué significa eso? preguntó Guidobaldi, viendo correr el licor por el suelo.

— Un veneno que en diez minutos me hubiera librado de ti, miserable, respondió ella.

— Y ¿por qué no lo has tomado?

— Porque sería cobardía abandonar á Cirillo cuando él no nos abandona.

— Bien, hija mía, exclamó Cirillo. No diré que eres digna de mí, sino de ti misma.

— Veamos, dijo Guidobaldi, ¿nadie tiene nada más que pedir?

— Nadie ha pedido nada, respondió Caraffa.

— Lo que pedimos, añadió Manthonnet, es que concluyamos de una vez esta farsa de clemencia.

— Carcelero, que entren los *Blancos*, dijo el fiscal.

Abrióse la puerta y entraron los agonizantes.

Eran doce; dos para cada condenado.

Acercóse uno á Salvato, tomóle la mano y le hizo una seña masónica.

Salvato respondió de la misma manera.

— ¿Estáis pronto?

— Sí.

La pregunta y la respuesta tenían un doble sentido, que nadie comprendió.

Salvato no reconoció la voz del agonizante; pero el signo masónico le reveló en él un hermano, y cambió una mirada con Miguel, diciéndole :

— Recuerda lo que te he dicho.

— Sí, excelencia, respondió el lazzaroni.

— ¿Quién de vosotros se llama Miguel? preguntó un agonizante.

— Yo, respondió el joven con viveza, creyendo que iban á darle una buena noticia.

Acercósele el penitente y le dijo :

— ¿Tenéis madre?

— Sí, respondió suspirando, y es lo único que me aflige. ¿Por qué me lo preguntáis?

— Porque al entrar en la Vicaría se acercó á mí una anciana, diciéndome : « Excelencia, tengo que rogaros una cosa.

— » ¿Cuál?

— » Quisiera saber si formáis parte de los penitentes que acompañan los presos al patíbulo.

— » Sí, respondí.

— » Uno de ellos se llama Miguel el *Loco*.

— » ¿No fué coronel durante la supuesta república?

— » Sí, el mismo : ¡hijo mío!

— » ¿Y qué?

— » Decidle, pues sois cristiano, que estaré en la piedra de los Quebrantos para verle por última vez y darle mi bendición. »

— Gracias, Excelencia, dijo Miguel. Eso me prueba que mi pobre madre me ama con todo su corazón. Y enjugando una lágrima, añadió :

— ¿Queréis hacerme el honor de asistirme?

— Con mucho gusto.

— Vamos, Miguel, dijo Salvato, no hagamos esperar.

— Voy, señor, voy.

Y se colocó detrás.

Salieron de la sala los condenados, rompiendo la marcha el verdugo, y colocados por el orden en que debían morir.

Primero Cirillo, luego Manthonnet, Salvato, Miguel, Leonor Pimentel y Caraffa.

Cada uno iba acompañado de dos agonizantes.

Desde la puerta del calabozo á la que daba salida á la plaza de la Vicaría había dos hileras de

soldados. La plaza estaba llena de gente que esperaba á los presos.

Á su aspecto se levantó entre la muchedumbre un terrible clamoreo :

— ¡ Mueran los jacobinos ! ¡ Mueran ! gritaban.

Y á no estar protegidos por los soldados, los habría hecho pedazos el pueblo, que blandía centenares de cuchillos.

— Apoyaos en mi hombro, dijo á Salvato el penitente del signo masónico, que tenía á su derecha.

— ¿ Creéis que necesito que se me sostenga ?

— No, pero tengo que daros instrucciones.

Hallábanse en frente de la columna á la que sirve de base la piedra de los Quebrantos.

— ¡ Alto ! dijo el penitente que iba á la izquierda de Miguel.

En esta clase de procesiones fúnebres, los penitentes tienen incontestable autoridad.

Paróse maese Donato y tras él el lúgubre cortejo.

— Joven, dijo el penitente que dió la voz de alto. ¡ Di adiós á tu madre ! Anciana, añadió, dad la bendición á vuestro hijo.

La anciana bajó de la piedra, Miguel se arrojó en sus brazos, y así permanecieron silenciosos algunos instantes.

Aprovechó el penitente la coyuntura para decir á Salvato :

— Cuando llegemos frente á la iglesia del *vico San Agostino-alla-Zecca* habrá un tumulto, subid las escaleras de la iglesia, apoyaos contra la puerta y llamad con el tacón.

— ¿ Es de los nuestros el penitente de la izquierda ?

— No. Haced como que os ocupáis de Miguel.

Volvióse Salvato hacia el lazzaroni y su madre.

Miguel acababa de levantar la cabeza, y preguntó :

— ¿ Y ella ? ¿ cómo no está á vuestro lado ?

— ¿ Quién ?

— Assunta.

— Sus hermanos la tienen encerrada en el convento de la Anunciata, donde llora y se desespera. Han jurado arrancarte, si pueden, de las manos del verdugo, para hacerte pedazos con las suyas. Y aún Giovanni añadió : « Sé que me costará un ducado, pero me importa un bledo. »

— Madre mía : decidle que estaba ofendido con su abandono ; pero que la perdono ahora que sé que no es culpa suya.

— Vamos, dijo el penitente, es preciso separarse. Púsose de rodillas Miguel, y la pobre mujer,

extendiendo las manos sobre su cabeza, bendíjole mentalmente, pues ahogada por los sollozos, no pudo proferir una palabra.

Cogió el penitente á la anciana por la cintura y la sentó en la piedra en donde permaneció como una masa inerte, con la cabeza apoyada en las rodillas.

— Vamos, dijo Miguel.

Y marchó con pie firme, con la cabeza erguida, pero bañado en lágrimas el rostro.

Siguió el cortejo varias calles, llegando por fin al vico *Agostino-alla-Zecca*.

Á la entrada de la calle, había un hombre con una carreta de búfalos.

Parecióle á Salvato que su penitente de la derecha había cambiado una señal con el carretero é iba á interrogarle cuando le dijo :

— ¡ Estad pronto !

— ¿ Á qué ?

— Á lo dicho,

Volvióse Salvato y vió que el carretero seguía el cortejo.

Poco antes de entrar en la *estrada* del Pendino, estaba interrumpida la calle por un carro cargado de leña y cuyo eje se había roto.

El carretero desenganchaba para descargar la leña.

Adelantáronse algunos soldados, gritando : « ¡ Plaza ! ¡ plaza ! » y trataron de desembarazar el paso.

En frente estaba la iglesia de *San Agostino-della-Zecca*.

Oyéronse de repente horribles mugidos, y los búfalos, como atacados por un vértigo, con los ojos inyectados de sangre, con un palmo de lengua afuera y arrojando fuego por las narices, arrastraron la carreta con ruido espantoso, atropellando el cortejo, hollando cuanto encontraban y aplastando contra las casas al pueblo, que se apiñaba en la calle detrás de los soldados, que en vano trataban de contener con sus armas á los búfalos furiosos.

Comprendió Salvato que había llegado el momento y separando de un empujón al penitente de la izquierda y al soldado que tenía junto, como si huyese de los búfalos, subió en dos brincos las escaleras de la iglesia, y llamando con el tacón, se apoyó contra la puerta, que se abrió y cerró como por magia, desapareciendo el fugitivo sin saber por dónde.

Quiso seguirle Miguel, pero un brazo de hierro le detuvo : era el del viejo pescador Basso-Tomeo, padre de Assunta.